

Elogio de la resistencia¹

Ricardo Darín

En *Kamchatka* se narra la historia de unos padres que intentan proteger a sus hijos de la persecución que se cierne sobre ellos en 1976, durante la dictadura militar. Muy seguramente, la metáfora implícita en este relato sea aplicable a la actualidad argentina. Me importa en particular esta idea: la resistencia es fundamental. Hay que resistir incluso en el contexto ínfimo, porque tenemos la obligación de hacerlo y porque la crisis que hoy nos abruma no es sólo económica. Cierto es que el colapso adquiere una tonalidad financiera, pero también resulta claro que esa circunstancia adversa tiene razones más antiguas y profundas. De otro modo, no sería posible entre nosotros un fenómeno tan penoso e injustificable como la desnutrición infantil. A mi modo de ver, la única explicación posible para un drama de calibre semejante es la degradación moral, social, ética y cultural. Y aun así, cuesta admitir que un país con posibilidades ilimitadas tenga que encarar finalmente este infortunio.

Tal vez entre las figuras más respetadas en ese trance se sitúen los profesionales de la cultura. Pese a los graves problemas que surgen cada día, los argentinos continúan abarrotando los teatros y apreciando la labor de los artistas. Por situar un ejemplo, diré que así lo hemos comprobado durante las representaciones de *Art*, de Yasmina Reza, obra que interpreto desde 1998 junto a Óscar Martínez y Germán Palacios. De otro lado, en esta pieza se aborda un asunto esencial, la tolerancia, que guarda relación con cuanto vengo diciendo.

En esta situación desfavorable, el público español también ha sido muy generoso con los actores y realizadores argentinos. Nuestro cine está pasando por un momento colosal y eso ha sido bien apreciado acá. Gracias a la buena recepción en España de películas como *El faro del*

¹ Actor argentino, protagonista de *Perdido por perdido* (1993), de Alberto Lecchi, *Nueve reinas* (2000), de Fabián Bielinsky, *La fuga* (2001), de Eduardo Mignona, y *El hijo de la novia* (2001), de Juan José Campanella. Las declaraciones incluidas en este artículo fueron concedidas el 25 de noviembre de 2002, durante la rueda de prensa previa al estreno de *Kamchatka*, de Marcelo Piñeyro, y en una entrevista posterior.

sur (1998), de Eduardo Mignona, *Nueve reinas* (2000), de Fabián Bielinsky, y *El hijo de la novia* (2001), de Juan José Campanella, también yo he recibido ofertas para rodar con directores españoles. La verdad es que me apena no responder como merece a esta demanda tan satisfactoria. Pero tengo una convicción que procuraré explicar. Entiendo que otros compañeros hayan decidido trasladarse de forma permanente. Es inoportuno generalizar sobre ello: cada circunstancia es particular y necesita un análisis aislado. No obstante, tengo la certeza de que, si bien son muchas las cosas que le van mal a la Argentina, ésta todavía no ha muerto. Así, pues, no es un lugar del que convenga salir huyendo porque la desolación sea absoluta.

Es cierto que el país está gravemente herido, pero sus posibilidades de recuperación dependerán de que alguno de nosotros siga dentro. Honestamente, creo que si alguien tiene la posibilidad de continuar trabajando allá –tal es mi caso–, es importante que se quede y prosiga su labor, porque esto es lo que hará posible que mejore el porvenir.

Frente a este propósito, siempre cabe la singularidad, porque no todo el mundo tiene las mismas posibilidades en la Argentina de hoy. Es comprensible que un desempleado de cuarenta años, con un par de chicos a su cargo y sin un horizonte cercano de progreso, tenga que abrirse camino allá donde se le presente la oportunidad. Y qué mejor opción para él que intentarlo en España, donde siempre hemos sido tan bien recibidos.

Aprovechando esta comprensible afinidad entre ambos países, uno de los proyectos que me ilusionan es la representación de nuestro montaje de *Art* en los escenarios españoles. Aparte de amigos míos, Oscar Martínez y Germán Palacios son dos actores excelentes, muy prestigiosos, cuyo respaldo a esta gira es completo. De paso, un intercambio cultural más no nos vendrá mal y servirá para estrechar lazos con el público español. En buena medida, esa hospitalidad que ahora disfrutamos ya se demuestra desde hace tiempo a través del cine, que continúa siendo un instrumento idóneo para que Argentina y España sigan comunicándose².

² *El conjunto de intérpretes nacidos en Argentina que han cumplido parte de su trayectoria profesional en España es muy holgado y demuestra esa buena disposición de la cual habla Darín. Entre los artistas que participaron en el cine español a partir de los años cincuenta, figuran Yvonne Bastián, Tota Alba, Mirtha Legrand, Luis Sandrini, Pepe Iglesias «el Zorro», Mabel Karr, Manuel Díaz González, Analía Gadé, Cándida Losada, Carlos Estrada, Alberto de Mendoza, el bailarín Alfredo Alaria, Alberto Dalbes, Amelia Bence, Andrés Mejuto, Luis Dávila, Alberto Berco, Héctor Bianciotti, Susana Campos, Linda Cristal, Libertad Lamarque,*

A ojos de los españoles, hay quien dice ver en mí a un representante sentimental del argentino medio, quizá como reflejo de lo que significó José Sacristán en Argentina. Pero eso no es cierto, y sin duda, es un saco* que me queda demasiado holgado. Crecí en el barrio del Once y soy hijo de un matrimonio de actores, buenos aunque sin suerte. En todo caso, quizá la poca fortuna de mis padres propicie que me hayan llegado todas estas oportunidades por acumulación de *karmas*.

Volviendo a esa idea de la representatividad, destacaré un concepto que arrastro desde que tengo uso de razón. Se trata de un concepto que ahora observo con algo más de claridad, y es que nunca me sentí muy identificado con lo que le pasa a todo el mundo. Por eso, cuando digo algo, lo digo en función de mi persona, sin apoyarme en grupo alguno. Resumiendo: siempre me he sentido una mosca blanca en todos los ambientes. Ello es fruto de la educación que recibí —una enseñanza que no sabría describir con exactitud— y que me libró de toda suerte de fanatismos, fueran éstos religiosos, políticos o deportivos. De ahí que evite los actos multitudinarios. El hombre-masa, plasmado en números inabordables, siempre me causa una sensación arrolladora. En este cauce individual, prefiero considerarme un artesano y no un artista, porque este último es un término demasiado enfático. Y por encima de todo ello, mi temperamento no puede ser representativo cuando el sentimiento generalizado se aleja tanto del optimismo. A pesar de las circunstancias, deseo no apartarme del sentido del humor y trato de mantener el espíritu lo más elevado posible.

Cuando me sitúan frente a mi trayectoria como actor, surge la comparación entre los trabajos más recientes y esa primera etapa en la cual protagonicé aquellos musicales que dirigió Adolfo Aristarain, *La playa del amor* (1979) y *La discoteca del amor* (1980). Al margen de la valoración crítica o popular de productos tan distantes en el tiempo, lo único que puedo exponer como elemento común es la pasión que volqué en todos ellos a lo largo de este proceso. En un mundo plagado de injusticias y desprovisto de ocasiones generosas, tengo la obligación de

Diana Maggi, Ana Casares, Marta Mandel, Carlos Cores, Perla Cristal, Olga Zubarry, Victoria Zinni, Enzo Viena, Thilda Thamar, Ethel Rojo, Zully Moreno, Alejandro Rey, Milo Quesada y el franco-argentino Jorge Rigaud. También los cineastas argentinos completaron el mismo trayecto, a veces sin posibilidad de retorno. Tales son los casos de Ernesto Arancibia, Enrique Cahen-Salaberry, Tulio Demicheli, León Klimovsky, Luis Saslavsky, Juan Carlos Thorry y Luis César Amadori. Sucediendo a la generación de actores que escaparon de la dictadura —a la cual se alude en otro punto de este dossier—, han enriquecido el moderno cine español actores como Leo Sbaraglia, Gastón Pauls, Miguel Ángel Solá, Leticia Bredice, Darío Grandinetti y Natalia Verbeke.

* Saco: chaqueta.

reconocerme como un afortunado. Una vez admitido ese privilegio, añadiré que nunca tomé mi trabajo como algo sencillo.

Por esta vía, me produjo una gran felicidad el hecho de que Juan José Campanella pensara en mí al escribir en 1983 *El mismo amor, la misma lluvia*, cuyo protagonista no es el prototipo con el cual podían identificarme los directores. En este caso, hablo de un personaje con grandes contradicciones, desorientado, que comete errores. En suma, representativo de una mayoría de argentinos que hemos tenido que reestructurar nuestros principios de acuerdo con los giros de la vida.

Apuntando de nuevo a ese valor artístico y personal, ocasiones como las que me ha facilitado Campanella no sólo implican una carga emotiva muy grande, sino además un compromiso y un mayor interés por los personajes. En consecuencia, procuro involucrarme en la tarea con un esfuerzo arduo. También con una responsabilidad que es inseparable de esta profesión, y que intento acreditar ante todos los proyectos que se me plantean, bien sean éstos una *opera prima* o bien el discurso de un creador veterano.

Este último, por cierto, es el caso de *Kamchatka*, durante cuyo rodaje he podido recordar emociones que experimenté durante las fechas en que se sitúa el relato. Por razones fáciles de argumentar, esta huella a la hora de encarnar a mi personaje es bien distinta a la que siente mi compañera Cecilia Roth, quien tuvo que exiliarse de Argentina junto a su familia. Ése no es mi caso, pero ampliando la perspectiva, no es difícil señalar el dolor o la injusticia como sensaciones compartidas por quienes tuvieron que irse y por muchos de los que permanecieron en Argentina, conscientes de lo que estaba pasando. Como elemento distintivo, esta película juega mágicamente con los tiempos y abre una puerta hacia otro lugar. Una puerta que nos permite mirar hacia el futuro porque está encarada desde el corazón de un niño. Y es que, aun dentro del drama, la esperanza es la categoría en torno a la cual se construye, sin fisuras, este personaje.